

Romero

Francisco José Sanguino

Orlando Berri se había enterado esa misma semana: una tal Victoria Santos había conocido a Marek, al gran Amhed Marek. No sabían dónde ni cómo, sólo era un rumor que se había extendido en una tertulia de ancianos en el Café Bariloche. A principio no le creí, nunca creo a Orlando, pero también sabía que ésta no es una ciudad grande, y a mi jefe le iba a gustar una noticia como ésa.

CAFÉ BARILOCHE. BASTANE TARDE

Romero sentado, tomando con ambas manos un vaso de cerveza caliente. Otro, Orlando Berri, pasa una escoba y recoge la basura de todo un día.

ORLANDO: Setenta mil. ¿Sabes lo que son setenta mil para un local como éste? Sé que nunca me las pagará.

Romero parece no escucharle. Orlando Berri se sienta enfrente.

ORLANDO: Nunca. Me avisaron, pero yo soy un imbécil, un auténtico imbécil, ¿no crees?

ROMERO: Si tú lo dices...

ORLANDO: Y a ti te hará lo mismo. Exactamente igual. ¿Por qué trabajas para ese tipo?

ROMERO: Casualidades de esta vida.

ORLANDO: ¿No eras maestro o algo así?

ROMERO: Algo así.

Romero se levanta. Orlando sabe que la cosa ha acabado por hoy: no podrá convencerle de que deje de trabajar para Cuenca. Por lo menos, hoy.

ORLANDO: ¿Cuánto te debe ya?

ROMERO: Mucho.

ORLANDO: ¿Cuánto?

ROMERO: Bastante.

ORLANDO: No te pagará.

Romero se ríe.

ORLANDO: No pagó a Balseiro, ni a Fuentes, ni a César Cano, ni a mí.
González me dijo ayer que ya estaba decidido: se marcha.

Romero va desapareciendo del local.

ORLANDO: Tampoco te pagará a ti.

ROMERO: ¿Qué te debo, Orlando?

ORLANDO: *(Después de un instante)* Nada, no me debes nada.

ROMERO: *(Dejando un billete sobre la mesa).* No seas imbécil.

Romero se coloca la gabardina, mira hacia fuera y frunce el ceño.

ROMERO: Si sigue lloviendo de este modo, no veremos un buen partido pasado mañana.

Sale del café.

Volver a fumar. Todo era eso. Estaba allí sentado, por tercera vez en una semana, no esperaba que pudiera entrevistarme con aquella señora tampoco ese día, pero por lo menos había tenido la esperanza de que las cosas empezaran a caminar otra vez. No necesitaba más. Estaba tranquilo, había dejado de llover un instante y después de siete meses y medio tenía entre mis dedos otro cigarro. Volver a fumar. Todo era eso.

MEDIA TARDE

Salón de una casa. Romero está sentado en un diván lee una revista de fin a principio mientras fuma. Mira alrededor y resopla. Mira su reloj: las seis, casi. Habíamos quedado a las cinco, piensa. En el exterior, la claridad insiste en permanecer a costa de lo que sea. El filo de un cuchillo recorre la sala en forma de gemido. Puede que sea el de un animal pidiendo caricias desde algún lugar de la casa. Y por fin, aparece desde el fondo una mujer. Debe de tener unos treinta años.

ELLA: *(Recogiendo su abrigo y alguna que otra pertenencia)* No está.

EL: ¿Qué?

ELLA: Que no está.

EL: ¿Otra vez?

ELLA: ¿De qué periódico ha dicho usted?

EL: ¿Periódico?

ELLA: ¿No trabajaba en...?

EL: Es una revista: *Cancha*.

ELLA: Ah.

EL: ¿Tampoco hoy? ¿Qué pasa?

ELLA: Se ha tenido que marchar.

EL: *(Se incorpora, ella mira los zapatos de él, manchados ligeramente de barro)* Le dejaré mi tarjeta.

ELLA: ¿Por qué no viene el miércoles? Este miércoles. A la misma hora.

EL: Llamaré antes.

El hombre coge la gabardina y se dirige hacia la puerta. La mujer la abre, pero antes de que salgan ambos, dice:

ELLA: Oiga...

EL: ¿Sí?

ELLA: Se deja usted...

EL: Es un regalo.

ELLA: Doña Victoria no acepta regalos.

EL: Es un ejemplar de mi revista.

ELLA: No creo que le interese.

EL: Ah, ¿no?

ELLA: No, señor.

EL: Bien, entonces, tírela.

Y cuando está a punto de salir:

EL: Dígame: ¿es bueno este trabajo?

ELLA: ¿Cómo?

EL: Que si le pagan bien.

ELLA: ¿Y a usted?

EL: No. Le puedo asegurar que no.

Romero sale. Se oyen pasos, parece que una sombra cruza la habitación despacio. El mismo gemido de animal, pero esta vez más corto y más lejano.

ONCE Y MEDIA DE LA MAÑANA

Despacho de Alberto Cuenca, un hombre calvo y bastante gordo. Da vueltas a un lápiz como si fuera un habano. Enfrente de él, Romero. Romero lleva la gabardina puesta y las manos apoyadas en los brazos del sillón. Hablan.

CUENCA: Lo sé, lo sé, lo sé.

ROMERO: ¿Entonces?

CUENCA: Tenía ganas de hablar contigo.

ROMERO: Yo también. Necesito que...

CUENCA: Hemos de trabajar muy en serio.

ROMERO: Lo hago.

CUENCA: Sé que lo haces. Te observo. Lo haces. Eres uno de mis mejores colaboradores. De lo mejor que tengo. No te engaño. Es cuestión de confianza, y yo la he depositado en ti. Todos tenemos confianza en ti, Romero.

ROMERO: Hago lo que puedo.

CUENCA: Sigue así. *(Agarra una hoja de papel, es un dibujo)* ¿Qué te parece?

Le ofrece a Romero el dibujo. Romero lo toma.

CUENCA: Dame tu opinión. Lo ha hecho mi hijo.

Romero no demuestra nada en especial.

ROMERO: Está bien.

CUENCA: Alejandro es un fenómeno.

ROMERO: Se le da bien.

CUENCA: Es un fuera de serie. Lo colocaremos en páginas centrales. ¿Me haces un favor? ¿Se lo llevas a Vicedo para que lo maquete?

ROMERO: Claro.

CUENCA: Gracias.

ROMERO: Algo más. Quería comentarte si hay algo de lo mío.

CUENCA: Sí, claro. Lo estamos mirando. Pásate la semana que viene. O me llamas.

ROMERO: Claro. Te llamaré.

CUENCA: Por cierto, ¿qué hay de la vieja?

ROMERO: Nada. He ido tres veces.

CUENCA: ¿Y?

ROMERO: Y no estaba.

CUENCA: Apriétale, Romero, apriétale.

Romero se levanta y da unos pasos hasta casi la puerta.

CUENCA: Romero...

ROMERO: ¿Sí?

CUENCA: Ciérrame la puerta.

Romero sale, cierra la puerta.

AL DÍA SIGUIENTE

Llueve a cántaros un día más. Romero de nuevo en la misma sala, esta vez delante de la chimenea, con un brazo apoyado y la mirada en el suelo o en el reloj. Decide quitarse la gabardina empapada y ponerla frente al fuego. Por lo menos, tienen el detalle de encenderla para cuando él llega, piensa. Sólo el ruido de los truenos. Entra la misma mujer. Se acerca hacia donde está él. Al fondo, un goteo metálico.

ROMERO: Hola.

ELLA: Hola

ROMERO: Vaya lluvia, ¿eh? Si seguimos así, tendremos que construir un arca y echarnos al mar.

ELLA: ¿Podría darme su tarjeta?

Él la mira y luego sonrío como pensando: volvemos a empezar; luego, dice con ironía:

EL: Claro. *(Saca un par de ellas)* ¿Qué tal si le doy dos?

ELLA: No, sólo una, si no le importa.

EL: En absoluto, tengo una caja entera. Pero a este paso, creo que debería aprenderse mi nombre, nos vamos a ver muy a menudo si la señora sigue sin atenderme. *(Le ofrece la mano para estrechar la de ella)* Me llamo Romero.

ELLA: ¿No será usted italiano?

ROMERO: Pues no. ¿Le parece que Romero pueda ser italiano?

ELLA: No.

La mujer se dirige hacia la puerta.

ROMERO: ¿Y tú?

ELLA: ¿Eh?

ROMERO: ¿Cómo te llamas?

ELLA: Julia.

ROMERO: ¿Me recibirá hoy, Julia?

JULIA: Supongo que sí. O no. Cualquiera sabe.

ROMERO: ¿Cuántos días más tendré que esperar?

JULIA: Ni idea.

ROMERO: Prometo no abrir la boca si me lo dices.

JULIA: Es que no lo sé.

ROMERO: ¿Un día? ¿Una semana? ¿Quince años?

JULIA: Adiós.

ROMERO: Adiós.

Julia inicia la marcha.

ROMERO: Espera.

Romero saca su cartera, la abre por la mitad para conocer el contenido del bocadillo y repasa las lonchas. Saca una, se la acerca a ella como a un perro hambriento.

JULIA: ¿Qué hace?

ROMERO: Vamos, cógelo.

JULIA: ¿Por qué?

ROMERO: ¿No es bastante?

Romero vuelve a abrir la cartera.

JULIA: Creo que se ha equivocado.

ROMERO: Mira, esta entrevista es importante, no es que mi vida dependa de ello, pero... Bueno, ¿para qué negarlo? Mi vida depende de ello.

JULIA: Creo que se ha equivocado.

ROMERO: Háblame de tú.

Julia abandona la sala. Romero guarda la loncha en el bocadillo y éste en el bolsillo. Revisa si la gabardina sigue mojada, la acerca más a las llamas, mira al techo y suspira de aburrimiento. No se da cuenta de que el cinto está a punto de llegar al fuego. La hebilla empieza a sentir el calor, Romero logra verlo a tiempo y aparta de un golpe la gabardina, como en una media verónica. Entra de nuevo Julia. Romero no se da cuenta y da manotazos a la gabardina, increpando.

ROMERO: La hostia...

JULIA: Ya baja.

ROMERO: ¿Sí?

ROMERO: *(Después de ver a la señora)* No me lo puedo creer, y sólo con cincuenta minutos de retraso. Pero no sé si ahora estoy yo presentable.

JULIA: ¿Por qué?

ROMERO: Me he quemado la gabardina.

JULIA: ¿Qué?

ROMERO: Que me aburría y me ha dado por echarme al fuego.

JULIA: Deje, intentaré arreglársela.

ROMERO: No te molestes, no creo que tenga arreglo. De todas formas, la tendría que haber echado al fuego hace tiempo.

Julia toma la gabardina y la observa como quien observa un Picasso.

JULIA: Se puede hacer algo.

ROMERO: Si eres capaz de arreglarla, tiro al fuego el jersey y los calcetines.

JULIA: El jersey, será mejor que lo quemé del todo.

ROMERO: Sí, creo que sí.

JULIA: ¿Por qué no te compras uno nuevo?

ROMERO: Qué extraño, es lo mismo que me pregunto yo.

JULIA: Siéntate allí. *(Señala el diván)*

Romero se dirige hacia el diván, que está al otro lado de la sala. Se pone delante, extiende los brazos.

ROMERO: Bueno, ya estoy aquí. ¿Y ahora? ¿Debemos hablar a esta distancia?

Ella no contesta; apaga las luces, excepto la de una lámpara, que queda al lado del diván.

JULIA: Hasta luego.

ROMERO: ¿Te vas?

JULIA: Claro que me voy, yo ya he acabado mi trabajo. (*Justo antes de marcharse*) Que tengas suerte, periodista.

ROMERO: Gracias.

Julia sale. Romero echa los brazos hacia su cuerpo, como si quisiera dar un sólo aleteo. Se echa con ganas en el diván. Romero saca el paquete de tabaco y el mechero.

ROMERO: En fin.

La rosca del encendedor hace más ruido que nueces. Romero se asoma a la luz de la lámpara para distinguir la tuerca del gas. El encendedor sigue sin prender.

ROMERO: Puto encendedor...

Saca otro y repite la operación, pero no funciona. Saca otro y otro más y los pone encima de la mesa para probarlos uno a uno. Distintos encendedores con distinta publicidad. Parece que alguien ha entrado, pero sólo es una sombra que Romero no alcanza a ver. Está al lado de él, inmóvil, a la espera.

VICTORIA: ¿Quiere fuego?

ROMERO: ¡Joder!

Romero apoya los brazos en el diván con la sana intención de incorporarse.

VICTORIA: No se levante, hay un encendedor sobre la mesa.

Él va a guardarse el paquete, pero se da cuenta de su falta de cortesía y ofrece.

ROMERO: ¿Quiere?

VICTORIA: No, gracias. ¿Y bien?

ROMERO: Me llamo Romero...

Romero vuelve a hacer el gesto de levantarse, pero se da cuenta de que la mujer le dijo que no se molestara.

VICTORIA: Ya lo sé.

ROMERO: Trabajo en *Cancha*.

VICTORIA: También lo sé.

ROMERO: ¿Conoce la revista?

VICTORIA: No. Yo sólo leo *El País*. ¿Conoce *El País*?

ROMERO: Claro que conozco *El país*.

Se produce un silencio, Romero reconoce que ese "claro" parece un "claro que lo conozco, señora, ¿es usted imbécil? No es momento de jugarse la visita de ese modo, piensa.

ROMERO: *Cancha* es una revista deportiva.

VICTORIA: Estupendo.

ROMERO: Especializada en fútbol, sobre todo.

VICTORIA: Ya. ¿Y en qué le puedo servir yo a una revista deportiva especializada en fútbol? Si se puede saber...

ROMERO: ¿Conoció usted a Ahmed Marek?

VICTORIA: No.

ROMERO: Murió hace una semana, más o menos.

VICTORIA: Reciba mi pésame. ¿Familiar suyo?

ROMERO: No.

VICTORIA: ¿Algún político, entonces?

ROMERO: No...

VICTORIA: ¿Un escritor, un artista?

ROMERO: No, fue un futbolista.

VICTORIA: Un futbolista, qué interesante.

ROMERO: ¿Y?

VICTORIA: ¿Qué?

ROMERO: ¿Seguro que no le conoce?

VICTORIA: No.

ROMERO: Haga memoria.

VICTORIA: No tengo por qué hacer memoria. No conozco a ese hombre. ¿Desea algo más?

ROMERO: No, si no conoció a Amhed Marek, creo que no me sirve usted de nada. Perdone la molestia. *(Ella no contesta)* Con su permiso, señora.

VICTORIA: Las salida es...

ROMERO: Ya lo sé.

La mujer le ofrece la mano. Romero se la toma y mira el anillo que lleva.

ROMERO: Bonito anillo. Es muy caro, ¿no?

VICTORIA: Bastante.

ROMERO: ¿Quién se lo regaló, el Sha de Persia?

VICTORIA: No, me lo regaló mi marido.

ROMERO: Felicítele de mi parte, tuvo buen gusto.

VICTORIA: Murió.

ROMERO: Después de comprar el anillo, supongo.

VICTORIA: No, yo lo envenené.

ROMERO: Adiós, señora...

VICTORIA: Sánchez, Victoria Sánchez.

A Romero se le abre una pequeña sonrisa. Se dirige hacia la puerta, espera un adiós de la mujer que no se produce.

Nunca pensé que regresaría a aquella casa, pero una gabardina olvidada en tiempo de lluvia y crisis, aún quemada y vieja, es un resguardo trascendental para mi salud y mi tabaco. Antes, ya había intentado que González, compañero de redacción, se deshiciera de su mutón canadiense, pero como quiera que él lograra desaparecer de la redacción, no tuve más remedio que ascender la empinada cuesta que daba a la casa de aquella señora, y reclamar la pertenencia de tan preciada prenda dos semanas después de nuestra agradable entrevista.

DIEZ MINUTOS DESPUÉS DE LAS SEIS

Romero de nuevo en la sala. Ahora lleva sólo un jersey. Pasea de un lado a otro, con las manos en los bolsillos. Una presencia le hace girar por sorpresa: la mujer ha entrado, lleva la gabardina en un brazo. Romero se dirige hacia ella para recogerle la gabardina.

VICTORIA: Creíamos que no vendría a por ella.

ROMERO: *(Recoge la gabardina de sus manos)* He estado un tanto ocupado.

VICTORIA: Aquí tiene su gabardina.

ROMERO: No tenía que haberse molestado Julia, estaba quemada completamente.

VICTORIA: Subestima usted a Julia.

Mira la gabardina, no consigue ver la quemadura, le da vueltas al cinturón. Quizá con la oscuridad le pareció que estaba peor.

ROMERO: Vaya, está nueva. Agradézcaselo de mi parte.

VICTORIA: Lo haré.

ROMERO: *(Arranca hacia la puerta)* Adiós, señora, y perdone de nuevo la molestia.

VICTORIA: No es molestia.

Y antes de que Romero abandone la sala.

VICTORIA: Así que Habib Marek ha fallecido.

Romero vuelve de nuevo la cabeza para marcharse. Después, frena en seco: se ha dado cuenta de que aqueña la señora sí conoció a Habib Marek.

VICTORIA: ¿Y de qué murió?

ROMERO: ¿No dijo que...?

VICTORIA: ¿De qué murió?

ROMERO: No se sabe, algunos compañeros están investigando en Casablanca.

VICTORIA: Murió en una casa de putas.

ROMERO: *(Esboza una sonrisa)* ¿Cómo lo sabe?

VICTORIA: Conozco a Habib.

ROMERO: ¿Ha dicho que le conoció?

VICTORIA: Eso he dicho.

ROMERO: ¿Y por qué me mintió?

VICTORIA: No estaba segura.

ROMERO: ¿De qué tenía que estar segura?

VICTORIA: No sabía quién lo preguntaba.

ROMERO: Le dije que trabajaba en una revista, ¿le hacía falta mi árbol genealógico?

VICTORIA: Podría haber sido falso.

ROMERO: Sí, podría haber sido un psicópata maníaco violador.

VICTORIA: No tiene pinta de eso.

ROMERO: ¿Y ahora sí me conoce?

VICTORIA: Tenemos algún amigo común.

ROMERO: Ah, sí, ¿quién?

VICTORIA: Mire, amigo, si quiere saber algo de Habib Marek, pregúntelo ya, no tengo toda la tarde. Porque ha venido ha preguntarme sobre él, ¿no?

La señora sienta en su sillón. Espera las preguntas de Romero. Romero está como atrapado en la puerta, sorprendido y sonriente. Hay material. Mete la mano en el bolsillo y saca su grabadora. Se sienta. Observa que la grabadora no funciona aunque la martillee con el puño, así que opta por el sistema tradicional: un bolígrafo y una libreta propaganda de una cadena de supermercados.

ROMERO: ¿Cuándo conoció usted a Habib Marek?

VICTORIA: En 1951.

ROMERO: ¿Aquí?

VICTORIA: No, en París, durante la investidura de no sé qué embajador. ¿Tiene usted un cigarrillo?

ROMERO: Por supuesto.

Romero saca su paquete de ducados, empuja el brazo hacia el delante para que salga uno. Ella recoge y enciende con el mechero que él acaba de ofrecerle.

VICTORIA: ¿Ya funciona?

ROMERO: No, es otro; se lo he robado al jefe de redacción.

VICTORIA: Bien, ¿por dónde íbamos?

ROMERO: Lo conoció usted en París, ¿y?

VICTORIA: Ya le he respondido, ¿qué mas desea saber?

ROMERO: ¿Cómo lo conoció? ¿Quién se lo presentó? ¿Fueron amigos?

VICTORIA: De una en una, por favor.

ROMERO: Bien, vayamos al grano: ¿mantuvo alguna relación con él?

VICTORIA: ¿Relación?

ROMERO: Quiero decir relación amistosa, naturalmente.

VICTORIA: Sí.

ROMERO: Vaya, entonces fueron amigos.

VICTORIA: Bastante. Nos estuvimos viendo a menudo hasta que él se marchó a Roma, en 1954. Luego coincidimos un par de ocasiones en Casablanca, Madrid y Bilbao. Ah, también solía visitarme cuando venía aquí, una vez al año, casi siempre en Navidad.

ROMERO: Entonces, se trataron bastante, ¿no?

VICTORIA: Supongo que sí.

ROMERO: ¿Realizaban alguna labor juntos?

VICTORIA: Desde luego.

ROMERO: ¿A qué se dedicaban?

VICTORIA: A fornicar.

ROMERO: Ah.

VICTORIA: Generalmente.

Romero recapacita sobre lo que acaba de decir y la mira un tanto asombrado, más por lo que significa la noticia que por lo que significa la acción.

VICTORIA: ¿Sí?

ROMERO: ¿Le importa que escriba "hacer el amor" por "fornicar"?

VICTORIA: Sí me importa. Habib y yo nunca hicimos el amor.

ROMERO: Pero Habib Marek y usted serían novios o prometidos o algo así, ¿no?

VICTORIA: No, él ya tenía novia, y muy guapa.

ROMERO: ¿Le importa que lo ponga así?

VICTORIA: Si me importara, no se lo habría contado, ¿no cree?

ROMERO: Claro.

VICTORIA: ¿Y bien? ¿Quiere que siga?

ROMERO: Si lo desea...

VICTORIA: Solíamos alquilar casi siempre una habitación en el Hotel Victoria, cerca del *Boulevard Haussman*.

ROMERO: Muy romántico.

VICTORIA: Pero la verdad es que Habib era mejor volante izquierdo que amante.

ROMERO: Es que como volante izquierdo era superior.

VICTORIA: Pues como amante tampoco era cojo. Mejor en el primer tiempo que en el segundo. Ahí solía trotar más que otra cosa, entrando al ataque en contadas ocasiones, de modo que era yo la que tenía que repartir juego.

ROMERO: Parece que sabe usted algo de fútbol.

VICTORIA: ¿Algo? Soy la que más sabe de fútbol en esta ciudad.

ROMERO: ¿En serio?

VICTORIA: Puede jurarlo.

ROMERO: La propondré para la revista.

VICTORIA: Gracias.

ROMERO: Es cierto.

VICTORIA: Le estoy dando una buena noticia, ¿no?

ROMERO: Desde luego. Y dígame, ¿lo vio jugar alguna vez?

VICTORIA: *(Se queda un momento parada: sabe que él no tiene muchas ganas de oír hablar de sus relaciones íntimas)* Cada partido. Cada partido hasta que tuve cierto enfrentamiento con Sireux, su entrenador.

VICTORIA: ¿Tuvo un enfrentamiento con Sireux, el gran mito del fútbol francés?

VICTORIA: ¿Uno? Tenía a diario.

ROMERO: ¿Por qué?

VICTORIA: Porque Sireux era homosexual, y como Habib no quiso acostarse con él, lo colocó de central. Un zurdo atacante, frágil y rápido, de central, ¿se imagina? Es como si a Puskas lo hubieran colocado de portero.

ROMERO: He visto cosas peores.

VICTORIA: Habib odiaba a muerte a los homosexuales.

ROMERO: ¿Por qué?

VICTORIA: Por lo mismo que yo odio a los italianos. ¿Sabe que llegamos a hacerlo allí una vez?

ROMERO: ¿Dónde?

VICTORIA: En el Estadio.

ROMERO: Vaya.

VICTORIA: ¿Sigo?

ROMERO: ¿No le importa?

VICTORIA: ¿Por qué me iba a importar? *(Romero parece que va a articular, pero ella continúa)* Me lo había prometido hacía mucho tiempo. Una noche me llamó a casa diciendo que estaba allí y que me esperaba allí. Era como entrar en el Partenón. El corazón se me salía por la boca como un sapo. Si aquello hubiera sido una broma, le habría abierto la garganta en dos, como hacían los moros a los legionarios. Pero no fue necesario, Habib cumplía sus promesas. Allí estaba, en el círculo central, haciendo malabarismos con el balón.

ROMERO: Como en cada partido.

VICTORIA: Sí, pero desnudo.

ROMERO: ¿Y qué hizo usted?

VICTORIA: Desnudarme también, por supuesto. Seguí la línea divisoria hasta donde él estaba. Cuando me encontré a unos metros, me lanzó el balón despacio con su pierna izquierda y me dijo: devuélvemela. Yo preferí dejarme de historias. Entonces entendí qué era un campo de fútbol.

ROMERO: Vaya.

VICTORIA: No sé cuánto tiempo estuvimos uno sobre otro. Nos despertamos en mitad de la noche y decidimos marcharnos... Déme el abanico, por favor.

Romero ve que el abanico está más cerca de ella que de él, pero decide levantarse y dárselo, no vaya a quedarse sin entrevista por algo tan tonto como un abanico.

VICTORIA: Hacer el amor y jugar al fútbol eran dos cosas que Habib no diferenciaba mucho.

ROMERO: Sí, dicen que el fútbol para él era verdaderamente un juego.

VICTORIA: Todo era un juego para Habib. Se burlaba de sus contrincantes con su regate como de las mujeres. Decía que sentía la misma excitación sorteando al contrario y franqueando la meta, que encontrándose frente a una mujer para desnudarla y poseerla.

ROMERO: Y, dígame, ¿supuso algún trauma para Marek dejar de jugar al fútbol?

VICTORIA: Lo ignoro. A excepción de aquella noche, nosotros sólo nos veíamos en la habitación del hotel, y siempre después de un partido. No hablábamos de nada. Antes o después de eso, cuando coincidíamos en algún acto, o en la calle, fingíamos no conocernos.

ROMERO: Ya, por eso era un rumor.

VICTORIA: Yo no era la única. En Casablanca, compraba a quince chicas entre diez y doce años y las tendía en el suelo boca abajo. Después, caminaba despacio sobre sus traseros. Ellas nunca se quejaban.

ROMERO: ¿Le contó eso?

VICTORIA: No, yo estaba allí. Siempre me sentaba en una esquina y me fumaba un cigarrillo. ¿Ha dicho usted que se llama Romero?

ROMERO: Sí.

VICTORIA: Conocí a un Romero hace mucho tiempo. ¿Tiene algo más que preguntarme, señor Romero?

ROMERO: ¿Con respecto a Habib Marek?

VICTORIA: Con respecto a lo que usted quiera.

ROMERO: Con lo que me ha dicho, será suficiente para mi página.

VICTORIA: Me alegro.

ROMERO: Pero...

VICTORIA: ¿Sí?

ROMERO: Dígame, ¿se relacionó con algún otro futbolista en aquel entonces?

VICTORIA: Naturalmente, y me lo presentó Habib.

ROMERO: ¿Quién?

VICTORIA: No se lo puedo decir.

ROMERO: ¿Por qué?

VICTORIA: Por que sigue vivo.

ROMERO: Entonces, ¿me ha contado todo esto porque Marek ya está muerto?

VICTORIA: Sí, no quiero que se ceben con él diciendo que era homosexual, como hicieron entonces. Habib odiaba a los homosexuales, verdaderamente odiaba a los homosexuales. Seguramente no quería reconocer que a él también le gustaban los hombres.

Romero sonríe y se pone en pie. Coge la gabardina y se dirige hacia la puerta.

ROMERO: Supongo que no se han visto desde aquella época.

VICTORIA: ¿Quién ha dicho que no? Casi todas las Navidades ha venido visitarme, es el único hombre con el que guardaba alguna relación. Pasara o no por aquí, siempre me mandaba un paquete y unas flores para que no me olvidara de él.

ROMERO: Nunca le hemos visto por aquí.

VICTORIA: ¿Está insinuando que estoy mintiendo?

ROMERO: En absoluto, señora.

VICTORIA: ¿Está insinuando que me he inventado toda esta historia?

ROMERO: En absoluto. Pero sí es cierto que es un poco... extravagante.

VICTORIA: Le ruego que salga ahora mismo de mi casa, señor Romero.

ROMERO: Oiga, señora, no sea tan susceptible. Sólo...

Ella se ha levantado como indicándole que se vaya, así que Romero da por concluída la entrevista. Guarda la libreta y el lápiz, recoge todo lo que ha dejado sobre la mesa y se dirige hacia la puerta.

ROMERO: Ha sido un placer, señora.

Romero está a punto de desaparecer..

VICTORIA: Oiga, Romero...

ROMERO: ¿Sí?

VICTORIA: ¿Será fiel a mis palabras?

ROMERO: Descuide, señora.

VICTORIA: Escuche una cosa: si no escribe exactamente lo que he contado y se dedica a poner estupideces, haré que le disparen.

ROMERO: *(Se lo toma a broma)* Me lo tendré merecido, señora.

Romero se marcha. La mujer cierra los ojos, apoya el codo en el respaldo, descansa.

La revista nunca admitió que transcribiera exactamente su historia, por lo que tuve que limitarme a contar por encima, pero sin faltar a mi palabra. De todos modos, durante unas semanas, estuve esperando dos navajazos en el cuello de un asesino a sueldo a la salida de redacción. Después me despidieron. O mejor dicho, dejaron de pagarme, así que yo dejé de ir por allí. Estaba sin trabajo y sin dinero, pero no me preocupaba demasiado. En el fondo, he pasado más tiempo en mi vida sin trabajo que con él.

DOS MESES DESPUÉS

Café Bariloche. Sobre las nueve. Romero. Entra Ana. Lleva sobre su regazo el abrigo y el bolso. Se queda delante de Romero, que mira el contenido del vaso sin apreciar que alguien está justo delante de él.

ANA: ¿Puedo sentarme?

Romero levanta la cabeza, observa que es ella del mismo modo que alguien se observa cuando sabe que encontrará su imagen en el espejo. Le señala con el dedo la otra silla.

ROMERO: En la redacción no me han dicho que ya no trabajabas allí.

ROMERO: Así es.

Romero da otro trago sin dejar de mirar al infinito.

ANA: ¿Por qué no me lo has dicho?

Romero se moja el labio superior.

ANA: ¿Tienes miedo de algo? ¿Crees que voy a castigarte sin postre?

ROMERO: No estaría mal.

ANA: Quiero que vengas a casa.

ROMERO: ¿Eres formal?

JULIA: Pregúntaselo a mi madre.

ROMERO: Sólo iré si eres formal.

Julia le agarra del brazo para arrancar la marcha, pero Romero toma la botella y vierte parte del contenido en el vaso. Bebe largamente.

ANA: ¿Qué te pasa?

ROMERO: No me pasa nada.

ANA: A ti te pasa algo, te conozco.

ROMERO: Si lo sabes, ¿por qué me lo preguntas?

ANA: Porque quiero que me lo digas tú.

ROMERO: No, Julia, No. Te lo he dicho muchas veces. Son montones y montones de noes. Viven ya en este bar. Hay noes cansadas y viejas por todas partes. Noes bebidas, noes aburridas, noes antipáticas, hartas, muertas de asco. Noes de pechos caídos detrás de la barra esperando a que lleguen los clientes. No hay una puta no en este bar que no conozca. ¿Qué tal, No? Estás muy guapa esta noche, No. Vaya, has venido con una amiga... Estupendo, podemos pasar la noche juntos tu amiga, tú y yo. Negándonos los tres una y otra vez.

ANA: Estás borracho.

ROMERO: No.

ANA: Avísame cuando se te pase.

Romero la agarra del antebrazo antes de que se marche.

ROMERO: Eh, tranquila.

ANA: Estoy tranquila. Eres tú el que no lo está. Últimamente no sé qué te pasa.

ROMERO: No empecemos. Ya te lo he dicho.

ANA: ¡¿Qué mierda te está pasando?!

ROMERO: Déjame.

ANA: ¿Soy yo?

ROMERO: No.

ANA: Entonces, déjame que te ayude.

ROMERO: No.

ANA: ¿Por que no?

ROMERO: No puedes ayudarme, Ana.

ANA: Puedo.

ROMERO: Estás perdiendo el tiempo. Hace una noche hermosa. Podrías estar paseando por las calles en lugar de estar aquí sentada...

ANA: ...con un borracho que se compadece a sí mismo cada vez que le despiden.

ROMERO: Exacto.

ANA: No te entiendo.

ROMERO: Nos vemos mañana.

ANA: Bien.

Julia se levanta casi sin ganas. No quiere abandonar a Romero, pero no tiene otro remedio. Ya levantada, aparece Julia. Cruce de miradas. Ana se queda un instante.

ROMERO: Hola.

JULIA: Hola, Romero. (Mirando a ambos) ¿Puedo sentarme?

ROMERO: Claro.

JULIA: Espero no interrumpir nada.

ROMERO: Claro que no.

ANA: (A Romero) Llámame, quiero hablar contigo.

ROMERO: Claro.

Julia se marcha.

JULIA: La vieja quiere verte.

ROMERO: Ah, ¿sí?

JULIA: Sí, quiere que le hagas un trabajito. (Saca un paquete de tabaco; de él, un cigarro) ¿Quieres?

ROMERO: Naturalmente que quiero. (Toma uno) Dile a la vieja que no soy fontanero.

JULIA: Creo que eso ya lo sabe.

Julia mira a Romero sin hablar para que él piense que el asunto es interesante.

ROMERO: ¿Qué quiere?

JULIA: Que escribas para ella.

ROMERO: Ya.

JULIA: Tiene miedo.

ROMERO: Todos tenemos miedo.

JULIA: Ella tiene miedo de morir.

ROMERO: De eso es de lo único que no tengo miedo yo.

JULIA: Qué valiente.

ROMERO: Te equivocas, es pura cobardía. Lo difícil es estar vivo.

JULIA: Si empiezas a filosofar me pido otra copa.

ROMERO: Sigue.

JULIA: Eso es todo.

Un instante.

JULIA: ¿Qué dices?

ROMERO: Lo pensaré.

JULIA: No lo pienses mucho, no vaya a ser que se muera antes. Aunque conociéndote, no me extrañaría.

Romero sonrío detrás del vaso.

JULIA: Bien, me voy.

ROMERO: Qué prisas.

JULIA: No puedo quedarme. No siempre puedo quedarme.

ROMERO: Entonces, hasta otra Julia.

Julia se acerca hasta él, le acaricia levemente. Luego, se dirige hasta la salida, pero antes de que desaparezca:

ROMERO: Julia...

JULIA: ¿Qué?

ROMERO: Gracias.

JULIA: De nada.

Julia se marcha del bar.

CINCO DE LA TARDE

Casa de Victoria Sánchez. Romero, de pie.

VICTORIA: ¿Entonces?

ROMERO: ¿Será durante mucho tiempo?

VICTORIA: Todavía no lo sé. Tenga en cuenta que es una vida entera. De todos modos, no creo que se arrepienta.

ROMERO: ¿Tiene tantas cosas interesantes que contar?

VICTORIA: ¿Tiene usted algo mejor que hacer?

ROMERO: ¿Y por qué yo?

VICTORIA: En primer lugar, porque a usted le hace falta imperiosamente algo.

ROMERO: ¿Qué?

VICTORIA: Dinero.

ROMERO: Como aire para respirar. ¿Y en segundo lugar?

VICTORIA: No conozco a nadie más. Le pagaré bien.

ROMERO: ¿Bien? Desconozco la noción del bien y del mal. Yo sólo creo en el cuánto.

VICTORIA: Más o menos tres veces más de lo que gana en un mes.

ROMERO: ¿Más o menos?

VICTORIA: Más.

ROMERO: Empieza a interesarme.

VICTORIA: Sólo tendrá que venir por las tardes y tomar notas.

ROMERO: Lo pensaré.

Romero gira sobre sus talones y se dirige a la salida. Pero, antes de salir, oye la voz de la señora.

VICTORIA: Ya lo ha hecho.

ROMERO: Cierto. ¿Cuándo empezamos?

VICTORIA: Ahora.

ROMERO: Tiene usted prisa...

VICTORIA: A mi edad, la prisa es buena consejera.

Romero se sienta, saca sus instrumentos.

VICTORIA:

VICTORIA: Nunca me gustó Franco.

ROMERO: ¿Empezamos por ahí?

VICTORIA: ¿Por qué no?

ROMERO: De acuerdo. *(Escribiendo)* “Nunca le gustó Franco...” Ni a media España.

VICTORIA: Sigamos.

ROMERO: ¿Por qué no le gustó Franco? ¿Por qué sorbía la sopa?

VICTORIA: Ése no era su peor defecto. ¿Por qué se burla de mí?

ROMERO: Vamos, usted vive en esta casa, y esta casa no se paga picando en la mina, que yo sepa.

VICTORIA: ¿Y usted qué coño sabe? ¿Ha venido a trabajar o a cuestionar mis principios?

ROMERO: He venido a ganarme la vida.

VICTORIA: Pues, entonces, sigamos. *(Se calla un instante, parece que se ha perdido un poco)* Bueno, volvamos, estoy adelantando acontecimientos. Además, de Franco ya nadie se acuerda.

ROMERO: Yo sí. Cada día más.

VICTORIA: Pues es usted muy joven.

ROMERO: Pero tengo ojos en la nuca.

VICTORIA: Olvide usted a Franco.

ROMERO: Lo olvidé una vez, pero se me aparecía con sus discursos en inglés.

VICTORIA: No sabía que Franco hablara inglés.

ROMERO: Es un eufemismo.

VICTORIA: Odia a Franco, ¿eh? Ustedes, los jóvenes, son muy valientes, pero no estuvieron allí comiendo ratas y pieles de patatas.

ROMERO: ¿Y usted sí?

VICTORIA: ¿Yo? ¿Está loco?

ROMERO: Claro, usted estaba en París, y en Roma también, claro.

VICTORIA: Cambiemos de tema, por favor.

ROMERO: Bien. ¿Qué quiere contarme ahora?

VICTORIA: Pues... *(Duda, no sabe por dónde empezar)*

ROMERO: ¿Por qué se ha encerrado en esta casa?

VICTORIA: ¿Cómo dice?

ROMERO: Qué por qué se ha encerrado en esta casa.

VICTORIA: Yo no me he encerrado. Lo que pasa es que no salgo, eso es todo.

ROMERO: ¿Y por qué no sale?

VICTORIA: Porque no me apetece.

ROMERO: Ya.

VICTORIA: Está bien, se lo contaré más adelante.

ROMERO: ¿Y por qué no ahora?

VICTORIA: Preferiría que no tocáramos ese tema.

ROMERO: ¿Promete que me lo contará?

Romero agarrra otro de los pastelitos que ella dejó sobre una mesilla.

VICTORIA: ¿Tiene hambre?

ROMERO: Siempre.

VICTORIA: Ahi tiene algo para comer.

ROMERO: ¿Va a cuenta del sueldo?

VICTORIA: Por supuesto que no.

Romero se levante, ve unos pasteles, parecen de carne. Atacará la bandeja, no se sabe cuándo volverá a comer, piensa.

ROMERO: *(Por los pasteles)* ¿Los ha hecho usted o Julia?

VICTORIA: Yo. Simpática, eh.

ROMERO: ¿Cómo?

VICTORIA: Julia...

ROMERO: ¿Julia?

VICTORIA: Claro.

ROMERO: Pues, no sé.

VICTORIA: Yo creo que sí lo sabe.

ROMERO: ¿Yo?

VICTORIA: No lo voy a saber yo.

ROMERO: ¿A qué se debe ese tonillo?

VICTORIA: Yo no tengo ningún tonillo.

ROMERO: ¿No? Parece que me oculta algo.

VICTORIA: Pues yo creo que quien lo oculta es usted. Vamos, Romero, no puede engañarme. Entre usted y Julia hay o ha habido algo.

ROMERO: Entre Julia y yo hay un cadáver.

VICTORIA: Lo noté al momento. Fue hace un mes, un jueves, ¿verdad? Dígame, le prometo que...

ROMERO: ¿Tiene usted un cigarrillo?

VICTORIA: Claro.

ROMERO: *(Le da uno y luego le ofrece fuego)*. ¿Es que no tiene nada destacable en su vida?

VICTORIA: Claro que sí.

ROMERO: Pues parece que no. Si no, no estaríamos hablando de mí y de Julia.

VICTORIA: ¿Y el envenenamiento de mi primo?

ROMERO: ¿No había envenenado a su marido?

VICTORIA: En realidad fue a mi primo Celso Emilio. Primero se envenenó. Después, se ahorcó.

ROMERO: ¿No le bastaba con envenenarse?

VICTORIA: Mi primo era un perfeccionista.

ROMERO: ¿Y por qué se suicidó?

VICTORIA: Por amor.

ROMERO: *(Conecta de nuevo la grabadora)* ¿En qué año?

VICTORIA: Si no recuerdo mal, en el cuarenta y dos. Mi tío había mandado a mi primo aquí para que estudiara Medicina. Tres meses después, se suicidó. Dejó escrita una carta donde nos pedía perdón por el papelón que nos causaba con el suicidio, pero alegaba causa mayor.

ROMERO: ¿Causa mayor?

VICTORIA: Se había enamorado de mí.

ROMERO: Parece que no le afectó.

VICTORIA: ¿Afectarme? Fui yo la que le pedí que se suicidara.

ROMERO: ¿Por qué?

VICTORIA: No me dejaba en paz, se pasaba el día pidiéndome que me casara con él, qué obsesión con el matrimonio. Así que, primero, dejé escapar su cobaya para los experimentos, un canario. Más que nada, para minarle la moral. Luego, una noche, le inyecté un virus que él había guardado en la nevera, para no sé qué de la tuberculosis.

ROMERO: ¿Y enfermó?

VICTORIA: Qué va. Engordó trece kilos. Dijo que sobreviviría a cualquier cosa, incluso a ser quemado, porque su amor por mí era verdadero. Así que un día me harté y le dije que si me amaba de verdad, que se echara un trago de veneno y se colgara de la lámpara con la corbata. Me prometí en matrimonio si sobrevivía.

ROMERO: Y no sobrevivió, claro.

VICTORIA: Más o menos.

ROMERO: ¿Más o menos?

VICTORIA: Estaba tan gordo que el veneno no fue bastante para que hiciera efecto, y sus kilos provocaron que se descolgara la lámpara y no pudiera morir por asfixia.

ROMERO: ¿Entonces?

VICTORIA: Alguien se dejó el rastrillo del jardín debajo de la lámpara. Una autentica mala suerte . Con qué mala pata se lo clavó en medio en medio.

ROMERO: Y murió.

VICTORIA: Definitivamente. Pero ahora me arrepiento.

ROMERO: No me extraña.

VICTORIA: Si hubiera ocurrido hoy en día, le habría pegado un tiro en la cabeza directamente. O hubiera alegado acoso sexual. Es lo que se lleva ahora, ¿no? Pero por aquella época, yo estaba muy influída por los inventos del TBO.

ROMERO: Ya. ¿ Y dejando el óbito de su primo?

VICTORIA: ¿Por qué no para de hablar un rato?

ROMERO: ¿Está cansada?

VICTORIA: Más que cansada, harta.

ROMERO: *(Se sienta)* Como quiera.

VICTORIA: ¿Cuántos años tiene usted?

ROMERO: Treinta y siete.

VICTORIA: ¿Está usted casado?

ROMERO: No estoy casado.

VICTORIA: ¿No?

ROMERO: Que yo sepa, no.

VICTORIA: ¿Por qué?

ROMERO: Creo que nunca he pensado en casarme, así que no me he casado.

VICTORIA: Todos, alguna vez, pensamos en eso. ¿No ha tenido con quién?

ROMERO: Creo que estamos hablando demasiado de mí.

VICTORIA: Discúlpeme, no me gusta inmiscuírme. ¿Tiene novia?

ROMERO: *(Sonríe, nada puede hacer en contra)* No, no tengo novia. Pero pensaré sobre ello, se lo prometo.

VICTORIA: ¿Y cómo es posible que un hombre como usted acabe escribiendo las memorias de una vieja como yo?

ROMERO: Supongo que cuestión de suerte.

VICTORIA: ¿De verdad lo cree?

ROMERO: ¿Intenta decirme algo, señora Sánchez?

VICTORIA: ¿A qué se dedicaba usted antes de esto?

ROMERO: Ya lo sabe, trabajaba en una revista deportiva.

VICTORIA: ¿Y antes?

ROMERO: Un poco de todo.

VICTORIA: ¿Un poco de qué?

ROMERO: Me parece que las memorias que tenemos que escribir no son las mías.

VICTORIA: Sólo me pica la curiosidad.

ROMERO: Trabajé en distintos sitios.

VICTORIA: ¿Por qué me miente?

ROMERO: ¿Le miento? ¿En qué le miento?

VICTORIA: Usted me dijo que no estaba casado.

ROMERO: Yo...

VICTORIA: Me lo ha contado Julia.

ROMERO: Ya. Creo que Julia habla demasiado. Mire, no creo ser un buen tema de conversación, así que si no le apetece seguir...

VICTORIA: ¿Contándole mi vida?

ROMERO: Exacto.

VICTORIA: Sí me apetece, pero me gustaría saber a quién se la estoy contando. ¿No le parece razonable?

ROMERO: *(Piensa un instante: quizá se equivocó)* Sí.

VICTORIA: Entonces.

ROMERO: ¿Qué quiere saber?

VICTORIA: Qué quiero saber... *(Lo dice como si no supiera dónde elegir)*

ROMERO: Estuve casado.

VICTORIA: ¿Separado?

ROMERO: Sí.

VICTORIA: ¿Por qué?

ROMERO: Vamos...

VICTORIA: ¿Por qué?

ROMERO: Problemas.

VICTORIA: Claro, si no, aún estarían juntos.

ROMERO: Pasó algo.

VICTORIA: Siempre pasa algo. ¿Ella se acostaba con otro?

ROMERO: No.

VICTORIA: No tenga miedo a decírmelo.

ROMERO: ¿Cómo quiere que lo sepa?

VICTORIA: ¿Se acostaba?

ROMERO: No lo sé. Me daba miedo...

VICTORIA: ¿Le daba miedo saberlo?

ROMERO: No....

VICTORIA: ¿Le dejó ella?

ROMERO: No.

VICTORIA: ¿Qué le daba miedo?

ROMERO: Ella estaba empeñada en tener niños.

VICTORIA: Y usted no quería.

ROMERO: Eso, así me marché.

VICTORIA: Ah. ¿Y usted no sabe si tenía a otro?

ROMERO: No, me marché.

VICTORIA: ¿Y es ahí cuando coincidió con la Bella Durmiente?

ROMERO: ¿No se lo cree?

VICTORIA: Naturalmente que no. Usted no sabe mentir, es escritor.

ROMERO: Eso es contradictorio.

VICTORIA: Yo me entiendo. ¿Por qué la abandonó? ¿O no la abandonó?

ROMERO: Es cierto que me marché.

VICTORIA: Eso sí me lo creo.

ROMERO: No sabría explicarle. Creo que ni yo mismo lo sé.

VICTORIA: ¿Y después?

ROMERO: Y después, ¿qué?

VICTORIA: ¿Qué hizo después?

ROMERO: Pedí una plaza aquí.

VICTORIA: ¿Una plaza de qué?

ROMERO: En la policía, yo era policía.

VICTORIA: Vaya, qué interesante. ¿Ya no lo es?

ROMERO: No.

VICTORIA: ¿Cómo se metió a policía?

ROMERO: Por mi padre. Él también era policía.

VICTORIA: ¿Qué más?

ROMERO: Cuando dejé a mi mujer, me vine aquí a vivir, eso es todo.

VICTORIA: ¿Y por qué dejó de ser policía?

ROMERO: Soy de carácter impuntual.

VICTORIA: Dígamelo.

ROMERO: Las cosas no son nunca como uno se imagina.

VICTORIA: Eso no lo había oído nunca.

ROMERO: A veces tenía turno de noche. Era insoportable. Estaba toda la noche en comisaría redactando informes sobre robos de carteras, robos de bolsos, pequeños atracos. Un día vino una mujer. Era una prostituta. La había golpeado su amigo y venía a denunciarlo. Estaba muy nerviosa. Sangraba por la nariz y le hice una pequeña cura. Estuvo hablando. Tenía quince años. Cuando acabé el turno, ella estaba en la esquina. Llevaba un abrigo rojo. Tenía la manga descosida. Me dijo que quería agradecer el trato que le había dado. La policía no suele ser muy amable con esta clase de gente, ¿sabe? Le dije que no tenía importancia. Me dijo adiós, pero le propuse llevarla a su casa. Entiéndame, su estado no era como para caminar diez metros. Y...

VICTORIA: ¿Qué pasó?

ROMERO: No la llevé a su casa. La llevé a la mía. Le di algo de comer y se quedó a dormir.

VICTORIA: Ya.

ROMERO: No había dormido en toda la noche.

VICTORIA: ¿Era guapa?

ROMERO: No.

VICTORIA: Siga.

ROMERO: Déjelo.

VICTORIA: ¿La volvió a ver?

ROMERO: No. Me fui a trabajar y no la volví a ver, nada más.

VICTORIA: Dígame, ¿qué relación tiene esa experiencia con el abandono de su trabajo?

ROMERO: Me planteé muchas cosas.

VICTORIA: ¿Qué cosas?

ROMERO: Si quería llevar esa clase de vida.

VICTORIA: ¿Hay algún problema con ser caritativo?

ROMERO: Ella era una puta.

VICTORIA: Y tenía quince años.

ROMERO: Eso.

VICTORIA: Y usted no quería verla, pero tampoco podía dejar de hacerlo. ¿Cómo iba a renunciar a eso?

ROMERO: Le he dicho que no la volví a ver.

VICTORIA: Y yo le he dicho que usted no sabe mentir, Romero.

ROMERO: Nos vieron. Nunca nos veíamos fuera de casa. Sólo alguna vez salíamos fuera de la ciudad. Fue una pura casualidad. Recorriamos ochenta kilómetros para poder ver una jodida película. Un día, nos encontramos con un compañero. Le habían trasladado. Nos pegamos completamente de frente. Yo no dije nada. Él, tampoco. Al día siguiente me llamaron. Me ofrecieron una salida digna.

VICTORIA: ¿O qué?

ROMERO: Dios sabe qué. En aquella época no era lo mismo. Yo era un buen policía, tenía miedo.

VICTORIA: Y ella una puta de quince años.

ROMERO: Pedí la baja voluntaria. Perdí mi empleo.

VICTORIA: ¿Y ella?

ROMERO: Se lo expliqué. No volvió a verme.

VICTORIA: ¿No sabe nada de ella?

ROMERO: Sí se de ella.

VICTORIA: ¿Se volvieron a ver?

ROMERO: No. Estaba saliendo con un camello y le ajustaron las cuentas a él echándola a ella desde un piso doce.

VICTORIA: Lo siento.

ROMERO: Las cosas son como son.

VICTORIA: ¿Qué hizo después?

ROMERO: Trabajé de administrativo en una empresa de exportaciones, en una gasolinera, en una supermercado, de vigilante nocturno, de almacenero en una editorial. Al final sólo trabajaba para mantener mi coche en buen estado, es un viejo BMW. Hace dos años se lo regalé a mi hermano con tal de que no acabe en el desguace. Fue cuando me ofrecieron lo de la revista deportiva. Y luego, me contrato usted. Ésa es toda mi vida. Ahora lo sabe todo.

VICTORIA: No creo que lo sepa todo.

ROMERO: De lo demás ni siquiera me acuerdo yo.

VICTORIA: ¿Quiere probar otro pastel?

ROMERO: ¿Cree que me consolará?

VICTORIA: No: sólo le llenará el estómago.

ROMERO: Pensaba que no lo iba a decir nunca.

ROMERO: *(Atrapa uno de la bandeja y lo prueba)* ¿Qué es?

VICTORIA: Pastel de carne.

ROMERO: Está muy bueno.

ROMERO: ¿Qué clase de carne?

VICTORIA: Dálmata.

ROMERO: *(Tras dejar de masticar y abrir un hueco en la boca tan grande como puede)* ¿Dálmata?

VICTORIA: Joven, unos ocho meses.

ROMERO: ¿No lo dirá en serio?

VICTORIA: Completamente.

Romero intenta dejar en alguna parte los restos del pastel a medio masticar.

VICTORIA: ¿No le ha gustado?

ROMERO: Prefiero la pechuga de pollo.

VICTORIA: Dijo que estaba muy bueno.

ROMERO: ¿Está usted loca, señora? ¿Está loca? Acabo de comerme un trozo de perro!

VICTORIA: Creo que ha hecho cosas peores.

ROMERO: No tiene gracia, ni pizca.

VICTORIA: Lo aprendí de un criado que tuvimos, filipino, se llamaba... No recuerdo. Decía que allí tenían por costumbre cocinar otras razas, pero que el dálmata, para su gusto, era el más jugoso. Lo he preparado especialmente para usted, no sabe cuánto cuesta hoy en día conseguir un dálmata.

ROMERO: Se lo podrían haber ahorrado.

VICTORIA: Ahora recuerdo: se llamaba Matías Wong. Un día entré en la cocina y lo descubrí degollando un caniche sobre la mesa. En mi vida había visto agonizar a un perro tan tranquilamente. Lamía su propia sangre, el animalito. Matías había engañado al perro con un hueso de jamón para llevarlo hasta allí. Por la noche, Matías me invitó a pasar a su cuarto, como otras, y me dio a probar un pastel: era de carne y setas; las setas se las habían traído de Manila, y la carne era de Lili, el caniche blanco de la señora Santacruz, nuestra vecina. Luego, él me enseñó a cocinarlos. Poco a poco, fueron desapareciendo los perros del vecindario. La policía aseguró que era un envenenamiento colectivo y jamás lo descubrieron. En fin, ése es uno de los pocos recuerdos felices de mi juventud.

ROMERO: ¿Mata usted misma los perros?

VICTORIA: Naturalmente. ¿Por qué lo dice? ¿Quiere venir a ayudarme alguna vez?

ROMERO: No se lo puedo asegurar.

VICTORIA: ¿No prueba otro más?

ROMERO: ¿Son todos de lo mismo?

VICTORIA: Creo que sí.

ROMERO: Entonces, déjelo.

VICTORIA: ¿Le apetece otra cosa?

ROMERO: No quiero arriesgarme.

VICTORIA: ¿Le pasa algo?

ROMERO: ¿Cómo?

La señora Sánchez se coloca bien el mantón, sólo la luz de la chimenea les alumbra fielmente.

VICTORIA: Parece usted desencajado.

ROMERO: ¿Qué le parece si seguimos con nuestro trabajo?

VICTORIA: Adelante, ¿por dónde íbamos?

ROMERO: Quisiera que me contara por qué no sale de su casa.

VICTORIA: Ya le dije...

ROMERO: Usted me dio su palabra.

VICTORIA: Tiene razón.

Ella se toma una pequeña pausa que Romero aprovecha para cambiar las pilas de la grabadora.

VICTORIA: Me gusta esta casa. Siempre me ha gustado. Desde que la compró mi abuelo. Un día decidí vender todas las demás y quedarme aquí. Eso es todo.

ROMERO: Eso no contesta a mi pregunta.

VICTORIA: No hay respuesta; me gusta vivir aquí, sólo eso.

ROMERO: ¿Tanto que no sale ni a recoger el correo?

VICTORIA: No tengo quien me escriba.

ROMERO: Lo decía en sentido figurado. Dígamelo.

VICTORIA: Es, más o menos, una promesa.

ROMERO: Vaya, se pone interesante.

VICTORIA: Me prometí a mi misma no salir jamás de esta casa si cierta persona moría.

ROMERO: Parece que siempre ha estado rodeada de muertos.

VICTORIA: ¿Quién no está rodeado de muertos? Lo cierto es que no sé si realmente ha muerto, pero...

ROMERO: Un hombre, claro.

VICTORIA: Por supuesto, un hombre. Del único en mi vida que me he enamorado. Y desapareció.

ROMERO: Seguramente sería por su dieta.

VICTORIA: *(Da vueltas a uno de sus anillos)* No, creo que el sentimiento no era recíproco.

ROMERO: Bueno, él se lo perdió, ¿no?

VICTORIA: *(Mira al infinito del piso)* Estaba enamorado de otra mujer.

ROMERO: ¿De quién?

VICTORIA: De la suya.

La señora Sánchez duda. Coge un vaso de agua y se humedece los labios. Habla.

VICTORIA: Ella estaba en el parque cuando el balancín que un niño había dejado suelto le partió la cabeza en dos.

ROMERO: *(No se lo cree)* ¿Cómo pudo matarla un balancín?

VICTORIA: Tenía por costumbre bajar de cabeza por el tobogán. Era una mujer un tanto desequilibrada, ya me entiende.

ROMERO: ¿Loca?

VICTORIA: Como una chota. Y aquel niño lo terminó de arreglar. Su marido lo vio todo. Y unos cuantos chiquillos más que estaban por allí. Entre ellos, la hija de ambos, de cuatro años. Al principio, cuando vieron el golpe del columpio en la cabeza de ella, se rieron, pensaban que era otro de esos numeritos que organizaba para que se divirtieran, como en las películas de Charlot.

Después, cuando vieron la sangre y que ella no respondía a sus estirones, se echaron a llorar. La querían mucho. Yo sólo los conocía porque paseaba siempre por ese parque a mediodía y los veía a los tres: el padre sentado en el banco, con su hija al lado, quieta, callada, mirando fijamente cómo su madre se columpiaba, o se dejaba caer por el tobogán o hacía cabriolas en la arena. Parecía que a la hija no le hacía mucha gracia que su madre hiciera todo aquello, era como si tuvieran los papeles cambiados. Cuando la madre murió, se quedaron solos, así que un día les invité a cenar y luego a pasar un fin de semana, y luego una temporada y... Estuvieron tres años. Al poco tiempo de que vivieran conmigo, me enamoré de él como una loca. Quizá porque era todo lo contrario a los hombres que habían pasado por mi vida. Era sensible, cariñoso, frágil, calvo y enclenque. Estaba enfebrecida: le cosía los botones y los calcetines, le ponía el reloj en hora y hasta le limpiaba las gafas con tal de estar cerca de él. Todas las noches le leía *La Divina Comedia* y volvía a empezar de nuevo al terminarlo. Pero él no sentía nada por mí, me miraba con sus gafas y su calva reluciente, con su pañuelo planchado y su traje negro y me decía: "buenas noches". Luego lo intenté con *El Decameron*, pero tampoco. Sólo hablaba de columpios y palomas y del entierro de su mujer y los cincuenta niños dándole su último adiós. No conseguí nada, absolutamente nada.

ROMERO: ¿No quiso casarse con usted?

VICTORIA: Yo no quería casarme con él.

ROMERO: Ah, ¿no?

VICTORIA: No. Yo sólo quería verlo desnudo, sólo era eso.

ROMERO: ¿Y qué pasó?

VICTORIA: Desapareció.

ROMERO: ¿Se marchó?

VICTORIA: Lo maté.

ROMERO: Ha dicho que desapareció.

VICTORIA: Desapareció porque lo maté. Yo lo trastorné con mis demandas y mis súplicas, lo asediaba en la cocina, me arrastraba por el pasillo agarrada al camal de su pantalón, me metía en su cama por las noches... Nada, él aún amaba a la loca de su mujer. Opté por lo último que me quedaba: un conjuro. Tuvo que matarse, yo no lo dejaba en paz, es lógico.

ROMERO: Si desapareció, porque no creo que se matara, ahora estará en alguna parte.

VICTORIA: Creo que me equivoqué en el conjuro.

ROMERO: ¿Qué conjuro?

VICTORIA: Una mañana dijo que se marchaba a dar un paseo y no volvió jamás.

ROMERO: Vamos, otros dicen que se van a comprar tabaco.

VICTORIA: El único hombre al que amé se ahogó para poner tierra de por medio.

ROMERO: ¿Que se ahogó? Pero, si aquí no hay mar...

VICTORIA: ¡¿Qué sé yo?! Algo haría... Fue todo culpa del conjuro.

ROMERO: Yo no lo creo.

VICTORIA: Debería creerlo.

ROMERO: Eso no son más que supersticiones.

VICTORIA: ¿No cree usted en los conjuros?

ROMERO: Naturalmente que no.

VICTORIA: ¿Y si yo le dijera que usted está aquí por un conjuro?

ROMERO: Yo sólo estoy aquí por dinero.

VICTORIA: ¿Seguro?

ROMERO: Puede jurarlo.

VICTORIA: Es posible que le demuestre que no.

ROMERO: Ibamos por la desaparición de aquel hombre.

VICTORIA: Ocurrió hace treinta años. Desde entonces no he salido de esta casa.

ROMERO: Supongo que ése habrá sido su último hombre.

VICTORIA: No.

ROMERO: Por lo menos, el más importante.

VICTORIA: Sí.

ROMERO: ¿Se enamoró realmente usted de él?

VICTORIA: Ya le he dicho que sí.

ROMERO: No debería, un hombre que la dejó en la estacada de esa manera...

La mujer no contesta.

ROMERO: Bueno, no es asunto mío, pero... Sigamos: ¿qué es lo más interesante en los siguientes años, señora...? Señora...

Romero mira a la señora Sánchez; ésta mira al fondo de la taza parece que hace tiempo. Romero no sabe si insistir o callar durante un rato, pero decide lo primero:

ROMERO: Señora... señora...

La mujer deja caer dos lágrimas que Romero no percibe porque ella ha girado su cuello hacia la ventana. Un coche pasa rápido y una ola de agua fría empapa las aceras.

VICTORIA: Váyase a la mierda.

UNAS SEMANAS DESPUÉS

Salón de la casa de Victoria Sánchez. Entra Romero.

VICTORIA: Creí que ya no venía.

ROMERO: He tenido que repasarlo.

VICTORIA: ¿Ya lo tiene?

ROMERO: Ya lo tengo.

Romero saca de un sobre. De él, extrae un montón de páginas. Extiende el brazo y se lo entrega a la señora Sánchez.

VICTORIA: *(Tras encontrar el manuscrito sobre la mesa)* ¿Son mis memorias?

ROMERO: Usted lo ha dicho.

VICTORIA: Vaya, toda una vida en unas cuantas páginas.

ROMERO: Alégrese, la de algunos cabría tan sólo en una.

VICTORIA: ¿Está acabado?

ROMERO: No lo sé. Por lo pronto, mi trabajo ha terminado.

VICTORIA: ¿Esperará usted, entonces, sus honorarios?

ROMERO: Debo confesar que sí y sin paliativos.

VICTORIA: Entonces, lo arreglaremos cuanto antes.

ROMERO: No tenga prisa, prepáreme un talón cuando tenga un rato.

VICTORIA: Lo tengo preparado hace mucho.

La mujer se dirige una mesita, saca un sobre de ella y se lo entrega a Romero, que lo abre e inspecciona.

ROMERO: Vaya, es usted muy generosa.

VICTORIA: Es uno de mis muchos defectos.

ROMERO: En este caso, agradezco que los tenga. Pero creo que no le avisó que tenía que firmarlo.

VICTORIA: Sí me lo han dicho.

ROMERO: ¿Y?

VICTORIA: Antes tendrá que cumplir usted la condición.

ROMERO: ¿La condición? ¿Qué condición?

VICTORIA: La condición del trato.

ROMERO: No había condiciones en el trato.

VICTORIA: Tampoco hicimos un trato. No firmaré el talón hasta mañana a las nueve de la mañana.

ROMERO: Perfecto. ¿Y la condición?

VICTORIA: La condición es que se quede aquí a pasar la noche.

ROMERO: Ah, ¿sí? ¿Y por qué?

VICTORIA: Porque hace treinta y tres años que no veo un hombre desnudo.

ROMERO: Eso es mucho tiempo.

VICTORIA: Demasiado.

ROMERO: Yo hace trece que no como bacalao al pil-pil.

VICTORIA: Puedo prepararle uno esta noche, los hago estupendos.

ROMERO: ¿Tan buenos como los dálmatas?

VICTORIA: Incluso mejor.

ROMERO: Estupendo, cenaré con usted. Ahora bien, que me quede a pasar la noche...

VICTORIA: ¿Tiene algún problema?

ROMERO: No he traído mi cepillo de dientes.

VICTORIA: No importa, compré uno esta mañana.

ROMERO: Tampoco suelo llevar el pijama encima.

VICTORIA: Lo tengo todo preparado.

ROMERO: Eso parece. *(Pausa)* ¿A cuál de sus amantes perteneció?

VICTORIA: A ninguno, lo he comprado especialmente para usted.

ROMERO: ¿Y zapatillas?

VICTORIA: Debajo de la cama.

ROMERO: Espero que sean de mi número. *(Coge al vuelo el manuscrito)* Sólo falta una cosa: suelo leer antes de dormir.

VICTORIA: Yo misma le leeré. Quizá retome *El Decamerón*.

ROMERO: *(Le toma suavemente las memorias de las manos)* ¿Y si yo le dijera que si no me firma el talón, no hay memorias?

VICTORIA: ¿Memorias? ¿Qué memorias?

ROMERO: A eso lo llamo jaque al rey. *(Tira el manuscrito sobre el sillón)*

VICTORIA: Entonces, estamos a una jugada.

ROMERO: Mi ofensiva puede ser peligrosa.

VICTORIA: Romero...

ROMERO: ¿Sí?

VICTORIA: ¿De verdad es tan feo?

ROMERO: ¿El qué?

VICTORIA: Su nombre. ¿Por qué nunca lo dice?

ROMERO: Yo también tengo mis defectos.

VICTORIA: Dígamelos.

ROMERO: Firme el talón y se lo diré.

VICTORIA: Me interesa más su cuerpo que su nombre.

ROMERO: Yo no lo juraría.

VICTORIA: Hagamos la prueba.

ROMERO: Ahora es usted la que me lo pone difícil a mí. ¿Y si le digo que Julia me espera con la maleta hecha para marcharnos?

VICTORIA: ¿En serio?

ROMERO: Se lo aseguro. Estoy liado con ella, muy liado, no creo que Julia acepte algo así por mi parte, ya sabe cómo son las mujeres cuando se enfadan.

VICTORIA: Conozco a Julia, no le importará.

ROMERO: No me gusta despertarme antes del mediodía.

VICTORIA: No se preocupe, no hago ruido cuando me levanto.

ROMERO: ¿Sabe? En el fondo, no la creo.

VICTORIA: ¿Por qué?

ROMERO: No lo sé, me da la sensación de que no tengo otra opción, como no la tenían ni su criado filipino, ni su primo, ni su marido. Ninguno de ellos quiso quedarse cuando notaron que los perros en el vecindario empezaban a escasear. Seguramente, pensaron que se los comería a ellos también.

VICTORIA: Me fascina el concepto que tiene usted de las mujeres. Quizá por eso a terminado huyendo de todas.

ROMERO: ¿Sabe qué encontró la policía en la nevera de Habib Marek?

VICTORIA: Lo ignoro completamente.

ROMERO: Un brazo.

VICTORIA: ¿Un brazo?

ROMERO: Exacto. Al parecer, pertenecía a un marinero.

VICTORIA: ¿Se lo devolvieron?

ROMERO: No. El marinero llevaba muerto ya un tiempo. Lo habían encontrado degollado en un vertedero, cerca de Tánger.

VICTORIA: Estos africanos... Gente rara. Como cuento de terror es bastante simple.

ROMERO: No es un cuento de terror.

VICTORIA: Pues si es un cuento de terror, no tiene gracia.

ROMERO: Sospechaban que Habib Marek se había metido en asuntos sucios, así que pensaron en un ajuste de cuentas o algo parecido.

VICTORIA: Vaya, no se termina de conocer a la gente.

ROMERO: Sí, es sorprendente, pero yo no me creo esa historia.

VICTORIA: ¿Y qué cree usted que hacía un brazo allí?

ROMERO: Quizá lo averigüe esta noche si me quedo. Y también por qué a usted le da por cocinar perros.

VICTORIA: Vamos, Romero, ¿a quién se le ocurre pensar que aquel pastel estuviera hecho con carne perro? ¿Me cree capaz de hacer algo semejante a un pobre perrito? Usted y yo nos diferenciamos en algo: yo no sé decir la verdad y usted no sabe mentir. Un brazo en una nevera... qué historia. Quédese esta noche y tendrá su dinero. Si es que puede vencer su miedo por una vez y no me abandona.

ROMERO: ¿Miedo? ¿A qué?

VICTORIA: A que me lo coma a usted.

Romero sonrío, desenvuelve otro chicle mientras piensa. Se sienta, abre su libreta.

Anochece. Sólo clic de un bolígrafo.

Aunque mi instinto de supervivencia me pedía que saltara por la ventana, no sé por qué empecé a pensar que no debía tener tanto miedo a quedarme esa noche en casa de la señora Sánchez. Aun a riesgo de que encontraran mi brazo agarrado a un cheque en la nevera.